

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

EL GUSANO.

No hay tormento mayor que el remordimiento de la conciencia, á decirlo con nuestro esclarecido San Isidoro. *Nulla pœna est gravior pœna conscientiae* (1).

Las ficciones poéticas acerca de la rueda de Ixion, de la roca de Sisifo, del suplicio de Belidis ni aun sirven para sombrear los tormentos de una conciencia culpable. Es un fiscal implacable que segun Marco Tulio no deja descansar á Orestes; es un gusano que segun Macrobio no cesa ni se harta de roer el corazon de Ticio; es un verdugo que segun Lucano de mil maneras atormenta al culpable; es un acibar que amarga todo placer, y arrebatata todo consuelo, segun Plutarco; es

un fomento de todo temor, segun Pitágoras; y causa de toda miseria segun Menandro. Es finalmente como hambrienta sanguijuela que se ceba en el corazon del pecador, arrebatándole toda dicha y haciendo de su vida un tormento continuo, más cruel que todos los tormentos imaginables. Esfuérsase el pecador, y busca todo género de armas para combatir este mal; apela á todos los medios para hacer callar á su conciencia; entrégase á los placeres, á las diversiones, y espectáculos; lucha desesperadamente con este juez inexorable, opone discursos á discursos, razones á razones, excusas y pretestos á las tremendas acusaciones que surgen amenazadoras del fondo de su alma culpable, pero todo en vano.

El corazon del pecador es co-

(1) Lib. 2, soliloq.

mo un mar encrespado; no hay paz, ni reposo en el alma del impío. ¿Qué remedio puede curar esa gravísima dolencia? ¿Hay una voz en la tierra, una palabra bastante poderosa á calmar las olas de ese mar alborotado? Quién dará muerte al gusano roedor de la conciencia? El Confesor, amigos míos, el ministro de Cristo Nuestro Señor ha recibido la misión de sanar las almas enfermas, de tranquilizar los corazones inquietos y perturbados, y de dar muerte á la víbora del remordimiento que devora las entrañas del pecador; maravilla dichosa y consoladora que se realiza por virtud de la absolución sacramental en aquellos hombres que contritos y humillados confiesen sus culpas, y resuelven en su corazón morir mil veces antes que manchar su conciencia con el pecado, origen de mil angustias de espíritu y causa de temporal y eterna perdición.

Miente Calvino cuando afirma que la confesión es un verdugo cruel de las conciencias. La experiencia enseña que no hay otro asilo de paz y seguridad para los culpables, atormentados por el remordimiento. Hay corazones, despedazados por la ansiedad, por la duda, por los escrúpulos, nuevos Dédalos, perdidos en un

laberinto de perplejidades, inquietudes, y desconfianzas, vecinas de la desesperación; hay almas perseguidas sin tregua por la sombra de sus pecados, laceradas por el pesar, acosadas por la vergüenza, espantadas por la idea de la muerte y el temor del infierno; ¿qué sería de estas personas si no hubiese un remedio eficaz para tan graves dolencias?

Pero acuden al confesonario, caen de rodillas ante el ministro de Dios, manifiestan sus pecados, descubren sus llagas, narran sus cuitas, piden humildemente el perdón, escuchan al maestro que disipa sus dudas, al médico que sana sus heridas, al Padre caritativo que consuela sus amarguras, reciben en su agitado corazón cual rocío del cielo las palabras del juez que absuelve á los culpables en nombre de Dios, y se levantan alegres, satisfechas, consoladas y transformadas. ¡Bendita sea la confesión sacramental que tantas dichas y consuelos tan inefables derrama en nuestras almas! Y bendito sea el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo que ha puesto en medio del mundo este jardín de las almas, sombreado por la Cruz, á saber; la Santa Iglesia católica en cuyo sagrado recinto habita el hombre de Dios

que perdona los pecados, y consuela á los culpables, que purifica las conciencias, y les franquea las puertas de la salvacion eterna.

Z. M.

VARIEDADES.

LEYENDA.

Nuestra Señora de los Angeles.

Stella matutina.

(Conclusion.)

Pasados seis meses de ausencia, volvia Narciso al lado de su esposa. De vez en cuando venian á entristecer su ánimo algunas inquietudes; pero muy pronto las disipaba la esperanza, el recuerdo de la dicha que pronto volveria á encontrar, le hacia sueves y ligeras las fatigas.

El último, y tambien el mas jóven de los tres compañeros, se llamaba Mateo. Era hijo de Fermin y hallábase en el ardor de la adolescencia. No habia cumplido aun los veinte años, aunque al ver su estatura y la robusta constitucion de sus miembros, cualquiera hubiera creido que frisaba en los treinta.

Caminaban silenciosamente á través del bosque, sobrecogidos por ese indefinible sentimiento de angustia que se siente, cuando se cree uno amenazado de algun peligro desconocido.

Ponia Fermin un cuidado especial en distinguir el camino; porque, además del encuentro de los ladrones, corrian tambien el peligro de estraviarse en aquel laberinto de sendas mal trazadas, que en diversos sentidos se cruzaban.

Narciso iba pensando en su mujer y en el hijo que, sin duda, le habria de dar durante su ausencia; caminaba con la cabeza y los ojos bajos para no distraerse de sus halagüeñas meditaciones. Mateo, por el contrario llevaba erguida la frente, jugueteaba con su baston y silbaba alegremente.

Las lluvias habian destruido completamente el camino, y andaban con gran dificultad. Hallábase escavado el suelo por muchas partes y el agua lo habia inundado en algunos puntos. Preciso era irlo tanteando con precaucion y apoyarse en los arbustos, para no caer en el momento menos pensado.

Habian andado sin incidente alguno particular como la tercera parte del camino. La senda se iba estrechando por grados, y haciéndose cada vez mas sombría. Por uno y otro lado se alzaban soberbias encinas, avellanos silvestres y castaños, que estendian sus espesas ramas, y formaban una especie de oscuro toldo, impenetrable á los rayos del sol de mediodia. Entre sus troncos entrelazaban sus tortuosos vástagos los espinos, frambuesos y clemátidas, é interceptaban el paso formando un seto seco é impenetrable.

Habiendo vuelto Narciso por casualidad los ojos hácia atrás para medir con la vista el espacio que habian recorrido, se estremeció y dejó escapar una exclamacion de sorpresa y temor; dos hombres le seguian á alguna distancia.

En el fondo nada tenia de temible el aspecto de aquellos desconocidos. Verdad es, que, á semejanza de nuestros buhoneros, llevaban en sus manos herra-

dos bastones, y pendían de su cintura largos cuchillos; pero ya se sabía que la propia defensa exigía aquellas precauciones. Por lo demás, no podía con fundamento suponerse en ellos proyecto alguno hostil: al parecer no pensaban más que en sostener sus pasos sin caer.

—Tienes miedo, dijo Fermin á su yerno, cuando vamos aquí tres vigorosos camaradas, capaces de desafiar á un ejército entero? Por San Nicolás me compeadezco del que cometiese la imprudencia de meterse con nosotros.

Por un artificio comun á muchos medrosos pronunció estas palabras con toda la audacia de que era susceptible su voz; pero aquella firmeza no pasaba de los labios, y temblaba lo mismo que su yerno; pero él quería inspirar á sus compañeros la audacia que le faltaba, y acaso llegó á lisonjearse de que aparentando valor é intrepidez llegaría á intimidar á los bandidos que le oyesen.

Mas los desconocidos iban ganando insensiblemente terreno, y estaban ya muy cerca de ellos. Todo permaneció en silencio por algunos instantes. Fermin iba apresurando maquinalmente el paso.

Vano recurso! Al cabo de algunas toesas, empezaron á agitarse delante de ellos los espinos, como si algun animal hiciese esfuerzos para salir. Separáronse, por fin, como gimiendo las ramas, abriendo paso á otros dos desconocidos que de repente saltaron al medio del camino y echaron á andar delante de ellos.

Iban armados como los dos anteriores; pero su presencia aumentaba no poco el peligro de la situación. Era de todo punto imposible huir y evitar el ataque, si es

que tal era su intencion. Nuestros viajeros se miraron mutuamente con espanto, y no se atrevieron á comunicar sus pensamientos.

Después de haber buscado algun expediente para salir de aquel apuro, Fermin resolvió trabar conversacion con ellos, y grangearse su amistad con sus buenas palabras. Los desconocidos se prestaron, al parecer, con gusto á este proyecto, porque se detuvieron para esperarlos.

En el momento mismo en que iba Fermin á dirigirles la palabra, vino á dejarla cortada en sus labios otro nuevo incidente, que absorbió toda su atencion.

Habiause separado de nuevo los espinos, y habian dado libre paso á unos diez salteadores que los cercaban por todos lados.

Conocia Fermin demasiado las costumbres de aquellas gentes para cometer la imprudencia de provocar su favor con una resistencia inútil. No hizo, por tanto, el menor alarde de defensa, y procuró ablandarlos obedeciéndoles con entera docilidad.

En un abrir de ojos les arrebataron todo el dinero que con tanto trabajo, y á costa de mil privaciones, habian podido recoger durante seis meses de fatigas y continuas andanzas. El viejo mercader no pudo contener un suspiro. Los salteadores les quitaron tambien sus sacos, y apenas les dejaron sus harapos, demasiado despreciables para ser robados.

—Tened compasion de nosotros, les decia Narciso; somos unos infelices padres de familia, no trateis de dejar

viudas á nuestras mujeres y huérfanos á nuestros hijos.

—¿Pagareis vuestro rescate? preguntaron los ladrones.

La avaricia pudo mas que la prudencia, y Fermín que se veía arruinado, se apresuró á responder:

—¿Cómo lo hemos de pagar si nos arrebatáis toda nuestra fortuna? Nos veremos obligados á volver á nuestra casa mendigando el pan.

Mateo estaba furioso por haberse dejado robar sin combatir ni defenderse; rechinaban sus dientes, y sus manos apretaban convulsamente su inútil palo. Al oír á su padre lamentarse de la pérdida que acababan de experimentar, no pudo contener su ardor y replicó en tono amenazador:

—No tengais cuidado por el rescate, señores míos; á nuestra llegada á París, lo pagará por nosotros el gran Prevoste.

Un golpe dirigido con inusitado empuje, castigó la temeridad del jóven, que cayó en el suelo sin sentido.

—Da gracias á Dios dijo uno de los ladrones, de que hemos hecho voto de no derramar hoy una gota de sangre.

—Preciso será, sin embargo, desacerarnos de estos judíos, respondió otro de los ladrones.

—Nosotros no somos judíos, señores, os lo juro, exclamó Fermín poniéndose pálido de miedo. Somos tres cristianos y hemos sido bautizados en la catedral de Angers.

Los bandidos tomaron las cuerdas que tuvieron á mano, y ataron los brazos y piernas de los tres mercaderes. Arrastráronlos en seguida á un sitio oculto, y

allí los ataron á unos troncos de árboles.

En vano suplicaron los desdichados con lágrimas y suspiros á nombre de todos los santos del cielo.

Los salteadores sordos á sus quejas, cargaron sobre sus espaldas el botín, y dejaron allí á sus víctimas, destinadas á perecer de la mas triste y espantosa muerte, á perecer de hambre y de frío.

Los mercaderes sintieron irse extinguendo poco á poco el ruido de sus pasos sobre las hojas secas que el invierno habia esparcido por el suelo, y por mas odiosa que les fuese la vista de sus malhechores, cuando dejó por completo de llegar á sus oídos el ruido de sus pasos, quedó helado su corazón; no les quedaba ya ni un vestigio de esperanza.

Faltaba todavía bastante para que llegase la noche; pero en el centro de un bosque intransitable, lejos del camino, en lo mas crudo de la mas triste de las estaciones, qué socorro podían esperar los infelices?

Sin embargo, existe en la naturaleza del hombre el instinto de esperar contra toda esperanza; siempre que el viento repetía entre las ramas sus lúgubres gemidos, siempre que algun animal atravesaba con fugitivos piés por algun sitio próximo les saltaba el corazón, levantaban la cabeza y escuchaban con la mayor ansiedad, dispuestos á lanzar el grito de socorro, y á implorar piedad.

Pero su frente volvía á caer sobre el pecho tan pronto como el ruido se extinguía y volvía el bosque á su mudo y espantoso horror.

Entretanto íbase poniendo sombrío y nebuloso el cielo, y de la tierra se levaban

taba una niebla glacial. Por mas endurecidos que estuviesen sus miembros contra la intemperie merced á una vida de privaciones y trabajos, la inmovilidad los entregaba sin defensa á todos los rigores del invierno. Un frio húmedo impregnó sus miserables vestidos y penetró en sus miembros. Procuraron alargar sus ataduras, pero los salteadores las habian atado con habilidad suma, y les era absolutamente imposible el menor movimiento.

La niebla se adhirió á las ramas, se condensaba en ellas y se convertia en helada lluvia que el viento sacudia, é inundaba á los desdichados mercaderes. Al principio no les causaba grande impresion; pero cuando llegaron á quedar completamente mojados sus gorros y cabellos, les parecia pesada como una montaña cada gota que sobre sus cabezas caia.

A su vez se impregnaron los troncos de una agua fria, que corria por entre las hendiduras de la corteza. Muy pronto quedaron empapados sus vestidos, y sintieron que por su cuello y espalda se deslizaban como pedazos de hielo.

Ningun alimento habian tomado en todo el dia; las angustias que sufrían les habian quitado el sentimiento del hambre, pero se abrasaban sus entrañas con una sed febril, tanto mas intolerable, cuanto mayor era el tormento que les causaba el agua, que no podían llevar á sus lábios.

Pudo sostenerse su valor mientras el dia conservó su luz crepuscular y sombría. Mas luego que desaparecieron los últimos rayos de luz, tan pronto como empezó á adelantarse insensiblemente

la noche inmensa y sombría con sus terrores, espectros y peligros, entonces se les representó la situacion en todo su horror; el resto de esperanza que todavia les quedaba los abandonó, y nada quedaba ya sino la muerte.

Y qué muerte! Una muerte lenta, acompañada de prolongados tormentos y horrible desfallecimiento!... Entonces se lamentaron de no haber irritado el furor de los bandidos; en un instante hubieran muerto y habrían terminado ya sus padecimientos. El único deseo que á la sazón podían halagar, era el de ser despedazados por los hambrientos dientes de los lobos.

A instancias de Fermín, reunieron sus fuerzas y aunaron sus voces, para lanzar simultáneamente el último grito de *socorro*. La pesadez de la atmósfera y espesura del bosque sofocaron su voz, y este llamamiento supremo apenas llegó á producir un eco sordo y débil.

Dejaron caer la cabeza con la mayor desesperacion, y no atreviéndose á comunicarse sus tristes pensamientos, permanecieron en un lúgubre silencio.

Nadie podrá decir si eran iguales en los tres los dolores que desgarraban su corazón. Mas el abatimiento de Narciso parecia superior al de los otros dos. Para él, en efecto, no era solo la muerte la pérdida de la existencia; habia dejado la mitad de su alma en la cabaña que habitaba su mujer. Redoblando el amor los vinculos que le ligaban á la vida, redoblabá también su angustia y desesperacion. Desgarrábasele el corazón al ver desvanecidas todas sus esperanzas en el

momento mismo en que iba á recobrar su dicha.

Viaje fatal! ¡Cómo se arrepintió de haberlo emprendido! ¡Cuántas veces acusó dentro de sí mismo la tiránica presión que sobre él había ejercido su suegro! ¡Cuántas veces renegó de su condescendencia y de las fatales instancias á que neciamente había cedido! Y al fin, de qué le había servido la fatiga que había tenido que soportar? No hubiera sido mejor renunciar á unas cuantas monedas que había ganado para los ladrones? Sin ser por eso mas pobre, se encontraría ahora sentado junto á su hogar; acariciaría alegremente, y contemplaría extasiado la sonrisa de su hijo colocado sobre sus rodillas!... Desventurado! jamás lo había de ver; jamás vería á su esposa! jamás podría salir de aquel bosque mortal!

Sin embargo, por grande que fuese la amargura que abrumaba su corazón, no quiso aumentar la desgracia de su suegro con inútiles recriminaciones. Encerró dentro de su pecho su aflicción, y no dejó salir de sus labios ni una queja.

Las noches de Diciembre son eternas. El terror y la angustia hicieron parecerles á los mercaderes todavía mas triste y mas larga la que en semejante situación tenían que pasar. No eran ellos como aquellos caballeros acostumbrados á hacer de la muerte su compañero de lecho, ni como aquellos ambiciosos de gloria, que se precian saber morir con la sonrisa en los labios. ¿Y cuantos héroes no habría, cuyo valor sucumbiría en presencia de una muerte oscura é ignorada, no viéndose sostenida su intrepidi-

dez por las miradas de los espectadores y los aplausos de la posteridad?

Los mercaderes tenían francamente miedo, y á pesar suyo se revelaba su espanto en los suspiros que de su pecho se exalaban, y en el eco de su voz, cuando de vez en cuando se llamaba mutuamente en aquella oscuridad.

En medio de sus tristes reflexiones, se acordó Narciso de la promesa que había hecho á su esposa al tiempo de despedirse. Recordó que en los trances mas apurados, tienen los viajeros en el cielo una guía y protectora.

—Padre, dijo, puesto que nos vemos abandonados de los hombres, ¿Por qué no hemos de levantar á Dios nuestros corazones? ¿Por qué no hemos de pedir á Nuestra Señora que venga á socorrernos?

Era Fermin asaz desgraciado para desechár este postrer recurso. Arrodilláronse en espíritu, é imploraron el auxilio de la Santísima Virgen con todo el fervor de la desesperación.

Empezaba á despuntar el día, y la brisa que con él se movió, era tan fría, penetrante y viva, que los mercaderes, transidos de frío, perdieron por completo el conocimiento de su existencia. Heláronse sus vestidos, y quedaron arrecidos sus miembros. El zumbido de sus oídos no les permitió oír el ruido de los espinos que se agitaban y doblaban, formando una especie de prolongado silbido.

Entre tanto se conmovía la tierra y resonaban á lo lejos los pasos de varios caballos que se iban aproximando. Las ramas bajas y los arbustos crujían y

caían desgarrados al suelo; y atravesando la espesura, aparecieron junto á ellos, uno tras otro, tres caballeros armados de hierro.

El mas jóven de los tres se echó al suelo de un salto, y sacando su puñal, cortó las ligaduras que tenían atados á los mercaderes. Pasmados de gozo y sorpresa, creyeron los cautivos que estaban soñando, y no se atrevían á entregarse á los traeportes de la alegría. Como la sed los atormentaba todavía, clavó el caballero en tierra el hierro de su lanza, é hizo brotar una fuente, que hoy mismo corre todavía.

Después de haber reanimado sus miembros cubriéronlos los extranjeros con sus capas, y colocándolos en grupa, los condujeron fuera del bosque.

Cuando bajaron de los caballos y quisieron volverse para dar las gracias á sus libertadores, habían estos desaparecido.

Entonces reconocieron que eran ángeles enviados por la Madre de Dios, y en el sitio mismo en que habían permanecido atados, levantaron una pobre capilla bajo la invocacion de *Nuestra Señora de los Angeles*

Ya no existen allí ni los árboles en que fueron atados, ni la capilla que levantaron, ni aun la iglesia gótica que allí mandó edificar San Luis. Pero ni el transcurso de los años, ni la picota revolucionaria, han podido extinguir la piedad de los peregrinos, que á miles acuden allí todos los años á ofrecer sus votos á Aquella, que es el alivio de todos los males.

Al termiuar esta narracion, habíamos

atravesado por medio de la inmensa muchedumbre que cubria todas las avenidas, y llegamos al pié de aquel rústico y modesto santuario. Mi compañero de viaje estaba profundamente conmovido.

—No nos encontramos aquí, dije, en una cabaña salvaje, perdida en medio de los montes y al abrigo de los brillantes rayos de la filosofía. Livry apenas dista cinco leguas de Paris, y cuando menos la mitad de todos estos peregrinos leen los periódicos! Ahora bien! ¿Muere la fé y puedes tu pronosticar el dia en que haya de exhalar su último aliento?

Por toda contestacion, mi pensador se entró en la capilla.

(M L. A.)

(De *El Pilar*.)

PENSAMIENTOS.

¡Qué locura temer entregarse demasiado á Dios! es temer ser demasiado feliz; es temer amar la voluntad de Dios en todas las cosas, es temer tener demasiado valor en las adversidades, demasiados consuelos en el amor de Dios, demasiado desprendimiento por las pasiones que nos hacen desgraciados.

Fenelón.

Si cesamos de ocuparnos de la felicidad de los demás, si pretendemos encontrar disculpa en sus defectos á nuestro egoismo, caeremos poco á poco en la indiferencia, muerte lenta y parcial mas temible que la muerte verdadera. Esta nos reune con Dios, la otra nos priva de Dios mismo.

Mme. Necker.